SENDERISMO POR LA CARIAN TRAIL

Tierras de vivos colores bañadas por el mar que a capricho del techo que las cubre mudan sus matices; valles fértiles, campas y senderos tapizados de flores de colores; olivos, naranjos y pinos por doquier; fusión de sus aromas que empujada por la brisa marina perfuma hasta el últimorincón de esta recóndita región; paisa jes sencillos pero intensos, solitarios pero llenos de vida... así es la Carian Trail.



Hojeábamos la revista de la Turkish cuando un artículo llamó nuestra atención; hablaba sobre una ruta de 800 km que recorre el suroeste de Turquía a través de las provincias de Mugla y Aydín. Una ruta desconocida y solitaria que conjuga natura leza, historia y arqueología. Hablaba de la "Carian Trail".

En 2009 tres turcos, uno de ellos arqueólogo, exploraron la zona. Fruto de aquella investigación no solo editaron un libro sobre la región y su historia con descripciones detalladas de las rutas que habían marcado y acondicionado, sino que monopolizaron el negocio del senderismo en aquella parte del país.

Decidimos recorrer durante siete días la ruta que transcurre paralela al golfo de Gókova, desde Akyaka hasta Bodrum. Fue imposible reservar aloja mientos, en esa é poca cerraban, así que acudimos a Altayr, uno de los impulsores de la Carian Trail. Negociamos la cesión de los tracks, a bjamientos con media pensión y un coche que transportara la mochila grande. Una excelente opción para recorrer la ruta en solitario sin cargar con peso.

Entramos por Estambul, siempre tan seductora. Volamos a Dalaman y una hora después de aterrizar llegamos en coche a Akyaka, punto de inicio de nuestro trek.

DÍA 1. AKYAKA - TURNALI 16.5 KM.+446 M.-492 M

Amanece un día cálido y soleado. Desde el pueblo las marcas rojiblancas guían nuestros pasos. Estamos expectantes ante lo que pueda deparamos el camino; según los mapas nuestra ruta es para le la ala costa, aunque a cierta distancia de la misma. A medida que el pueblo queda atrás nos adentramos en un pinar. El camino, retorcido, sube y baja continuamente hacia un alto por una senda evidente con frecuentes marcas visibles en piedras y árboles. Cuando el bosque clarea abre ventanas al azul intenso del mar que baña el golfo de Göko va. Tras él distinguimos tierra firme, la península de Datça, por donde discurre otra ruta de la Carian Trail.

A veces el bosque da acceso a verdísimas campas repletas de olivos y colmenas. Quando nos despistamos y el camino y las marcas de saparecen, el GPS nos sitúa en la dirección correcta.







A punto estamos de pisar una tortuga de unos 30 cm de longitud; de color ma món y gris claro se mimetiza con el sendero. Nuestra presencia no le asusta, mantiene su cabeza y sus patas en el exterior del caparazón mirándonos con curiosidad. En más de una ocasión estar emos a punto de caer al dar nos cuenta en el último segundo, antes de apoyar el pie, de la presencia de uno de estos galápagos.

En la parte más abierta del bosque emergen pedruscos blancos que debemos sortear. En una bifurcación el anundo de un bar hace que nos desviemos. Descendemos por el bosque 1 km hasta la terraza de un sencillo bar que no necesita lujo a lguno porque las vistas que ofrece ya lo son. Una excelente panorámica del golfo y una buena cerveza son el premio a pocos kiló metros de finalizar la eta pa.

Ascendemos hasta reencontrar el camino. Continuamos por la pista pegados a la costa hasta descender de nuevo a nivel del mar. La aldea es muy pequeña, erseguida encontramos nuestro alojamiento, una antigua escuela

En el muelle de Dactagiz





De scenso con vistas a Óren

rehabilitada. Regentada por un hombre mayor dispone de tres pequeñas habitaciones humildes pero dignas. Lo que no es humilde, en absoluto, es la cena: ensalada, alubías, a rroz, pata tas y pimientos verdes fritos baña dos en yogurt... un auténtico banquete.

DÍA 2. TURNALI -SARNIK- DACTAGIZ 14,5 KM, +1.125 M, -457 M

El ascenso comienza desde la escuela: por delante 800 m de desnivel. La gente del pueblo nos sonríe, especialmente las mujeres

mayores; las más jóvenes, curiosamente, se muestran tímidas y bajan la cab eza ante nuestra mirada. Se dedican al campo y ya desde primera hora trabajan en las labores propias. Continuamos por una pista que no tardamos en abandonar por indicación de las marcas que nos dirigen a un sendero.

En suaves zigzaqueos vamos cogiendo a ltura. Comenzamos a distinguir esos paísajes que imaginábamos: a nuestros pies grandes extensiones de terreno repletas de olivos, a lmendros y frutales en flor; tras ellos un mar que refleja el color y la luz de un cielo limpio; al fondo la penírsula de Datça.

Avanzamos en un ascenso constante por sendas que discurren por bosques de robles y madroños, entre los que también se cuelan los olivos; salpicándolo todo savia y orágano. A nuestra derecha montes bajos de piedra blanca teriidos de verde por la vegetación. Se nos ha unido un enorme perro de pelo largo y blanco que nos guía con la seguridad de quien conoce bien el camino. Sin damos cuenta a lcanza mos el collado desde donde iniciamos el descenso por un bosque de pinos; la senda, enrevesada y pedre gosa es evidente. Las motosierras rugen con fuerza, hombres y mujeres trabajan en la tala del bosque.



terraza del bar jugando al rummy. Mientras, las mujeres atienden el campo, el ganado, la casa y aún tienen energía para acercarse a nosotras.

Dejamos atrás el pueblo, la mezquita y una s construcciones circulares de techo abovedado no muy altas, son depósitos de agua. De nuevo en un bosque de pinos descendemos por una senda engorrosa en la que la tierra r emo vida por los jaba lies, las piedras y las tortugas no nos dan tregua en nuestro andar. En e laito de l bosque se abre un hueco por el que todos asomamos la cabeza, divisamos una senda que desciende entre olivos y un bosque de pinos que alcanza una peque ña bahía atrapada por dos salientes de tierra. La belleza del lugar es espectacular. Descubrir nuevos mundos, nuevos caminos, siempre es gratificante: pensamos que habiendo viajado por tantos lugares tan diferentes que nos han mostrado tantas y tantas escenas inolvidables, es difícil encontrar imágenes que puedan sorprendemos. Afortunadamente erramos, siempre surgen postales, a veces en los lugares más insospechados, que tienen la capacidad de a sombrarnos hasta el infinito y avivar nuestras mejores sensaciones.

De scendemos entre campas hasta la pista donde nos espera un coche que nos ahorra los 4 km de carretera que descienden 700 m hasta la pensión en la playa en la que dormiremos

Al atardecer, sentados en el muelle, somos testigos de una apado le puesta de sol que culmina en escala de grises, de fondo el sonido de un mar en calma que se mece suave y rítmicamente... una puesta de sol soberbía.

DÍA 3. DACTAGIZ – AKBÏK - ÖREN 15.9 KM +895 M -855 M

Va desde la pensión ascendemos por una pista que descubre la abrupta orografía de la costa y el contraste de colores del mar: verde, azul, gris... el sol y las nubes son la voz de mando en esta paleta de colores. Y cómo no, en primera línea olivos y frutales.

Poco a poco las plantas y flores multicolores, sobre todo jaras, invaden el sendero; el perfume que desprenden, dulce y potente, despierta nuestros olfatos.

Sentimos insistentemente el arañazo en la sipiemas de la siramas de los arbustos que nos llegan a la cintura. A fortunada mente hicimos caso a Altayr cuando nos recomendó el pantalón largo en esta etapa. Entre tanta vegetación el sendero desa parece y seguir las marcas resulta complicado, a veces hay que parar y buscar las con empeño hasta loca lizarlas. En el alto, los arbustos y las flores ceden paso a un extenso prado de un verde vivo repleto de olivos. De sus ramas no cuelga fruto alguno,

Testudo grae ca, com unine rite tortu ga in ora



Continuamos en un constante subibaja por un camino embarrado hasta alcanzar el cauce de un río que cruzamos sin descalzamos. Los campos que sustentan los olivos se cubren de margaritas; muretes bajos de piedras separa n las tierras.

Topamos con una carretera; deberíamos dirigirnos hacia el oeste, pero en sentido contrario hay una peque fia aldea que nos resulta tentadora... mientras atajamos entre campos cultivados oímos la llamada a la oración. Hace ya tiempo que el muecín fue sustituido por una grabación; la mezquita está vacía, los hombres, de edad avanzada, están en la

TURQUÍA

la cosecha acaba de ser recogida; aún quedan escaleras artesanales apoyadas en sus troncos. El prado converge en una pista por la que continuamos llaneando; cuando giramos la vista a la izquierda vemos el mar; a pie de camino docenas de colmenas.

Volvemos a ascender, prime ro por un bosque de roble, después por un camino pedrego so protegido por paredes de roca blanca. El viento es frío, el sol ha desaparecido y el cielo se ha oscurecido, incluso caen algunas gotas. En el alto los campos están arados, la tierra color ocre entremezciada con piedra del mismo tono es atravesada por decenas de líneas pa ralelas ligeramente elevadas; no asoma aún. brote alguno. Debemos internamos en un bosque, pero las marcas han desaparecido con los pinos recién talados, todavía huele a madera. Aunque de forma desordenada e I GPS nos devuelve, entre troncos y vegetación elevada, al camino y a las marcas. Descendemos por la pista que atravie sa un bosque. La procesiona ría ha llegado, los nidos de seda se abren para dejar paso a las orugas que cae n en hilera.

Llegamos a una aldea con necesidad de algo caliente pero no hay bar. En un minúsculo ultramarinos nos preparan un cafée improvisan una terraza para que descansemos. Es esta hospitalidad espontánea y desinteresada que tantas veces encontramos en lugares humildes la que nos enriquece, la que nos hace cuestionar tantas actitudes en el mundo en el que vivimos, actitudes de las que nosotros también somos partícipes.

Abandonamos la aldea por la carretera; llegamos a un lugar en el que las marcas nos desconciertan: unas a scienden el puerto por la carretera, otras de scienden por un sendero comido por la vegetación. Optamos por la alternativa más rural, pero después de casi una hora peleándonos con los arbustos y las marcas de saparecidas acabamos ascendiendo el puerto. Encontramos las marcas que nos introducen en un camino ancho de piedra resguarda do en su parte derecha por la pared rocosa de la montaña. El sendero ascendente nos conduce a una atalaya desde la que contemplamos fascinados el pueblo de Óren;

la panorámica es extraordinaria; las montañas, encadenadas entre sí, se prolongan en una línea curvada mirando al mar; a sus pies una extensión de tierra completamente verde y llana salpicada por pequeñas casas que conforman el pueblo; de forma triangular solamente se rompe en la parte más cercana a nuestra posición para dar forma a una pequeña ba hía. El descenso, en zigzag, lo hacemos inicialmente por una alfombra verde y ancha rematada por muretes de piedra que sujetan la tierra y que poco más adelante es sustituida por una senda de piedra pequeña y prieta. Próximos al ni vel del mara coedemos al pueblo entre pinos y arbustos con flores de colores. Llegamos a una playa de piedras de licadamente pulidas por la erosión del mar. Pequeñas barca zas descansa n e n la orilla. El cielo plomizo descarga con fuerza, el viento racheado doblega las gotas a su voluntad. Hemos llegado a tiempo a la espléndida casa rural regentada por una alemana que nos agasaja con todo tipo de especialidades turcas en la cena. Ha sido un gran día.

Sendero entre Bozalan y Cakillila yi





Vistas de Dac tagiz

DÍA 4. ÖREN - TÜRKEVLERI - BOZALAN

13,1 KM, +669 M, -439 M

Ama nece un día lumino so y cálido acompañado de un desayuno mestizo, medio turco, medio alemán. Atravesamos en coche la explanada de Óren hasta el inicio del sendero que asciende zi gza gueante entre a rbustos calcinados sin perder de vista ni Óren ni el golfo. Esta senda fue la conexión entre los pueblos de Alcakaya y Túrkevleri; cerrado durante muchos años por la vegetación hoy es un sendero abierto gracías a la iniciativa de los impulsores de la Carian Trail.

Cuando alcanzamos el collado miles de troncos de madera apilados en hileras recorren a lo largo de varios kilómetros la pista que se ha habilita do para el desmonte de este cordal. Entre la siramas caídas las mujeres buscan piñas para quemar en la sichimeneas de la sirmensas tiendas de campaña en la sique se alojan estos le radores nómadas y sus familias. Sus pequeños correte an por el pequeño

poblado dispuesto en el bosque, al borde de la pista, en una zona fría y sombría.

Avanzamos por el corda l cuando súbitamente el cielo oscurece y comienza a llover. Toma mos un de svío para descender el bosque por un camino estrecho delimitado por vegetación alta; lleva tanta agua que parece el cauce de un arro yo. Es estresante caminar por este tobogán de barro y aqua intentando no caer y no cargar demasiado barro en bota s y pantalones. No tardamos en dejarlo atrás tomando un sedero pedregoso a media montaña en el que encontramos algunos pastores alsol; no vemos muchas cabras pero el rastro que han dejado nos hace pensar que deben ser muchas. Ensequida damos con una pista ancha, verde y mullida por la hierbaque la cubre. En primavera las orquideas, los gladiolos y las jaras tiñen esta a l'fombra.

A lo lejos avistamos el pueblo al que debemos llegar; parece cercano pero son incontables los recodos que nos separan de él; hora y media después estamos ante el minarete y las casas de vivos colores entre prados y olivos. Los lugareños nos saludan sin demasiada expectación, es evidente que llegan forasteros con frecuencia. Tras una merecida cerveza nos recoge el coche que nos acerca a una pequeña bahía con un precioso velero turco atracado en el puerto de ma dera que da acceso al Cokertme Boutique Hotel en el que pasa remos la noche. Tiempo de descanso y de pies sumergidos en el mar mientras sentados en el muelle vemos el ocaso del sol.

DÍA 5. BOZALAN - CAKILLILAYI

Regresamos a Bozalan donde retomamos el camino. Descendemos entre olivos, campa s floridas y bosques. No podemos resistimos a los bollos de pan que venden en la aldea que a travesamos.

Tras las verdes campas y la vegetación multicolor vemos la costa abrupta que cobi-

TURQUÍA

ja pequeñas bahías y calas por las que más adelante deberemos caminar. Las vistas son de una frescura y una belleza espectaculares. Encontramos varias tortugas que campan a sus anchas, sin ningún temor frente a nosotros.

Descendemos a pie de playa por donde caminaremos hasta finalizar el día. En algunas calas descansan, en tierra firme, pequeñas barcas; la vegetación casi alcanza la orilla.

Las hay más grandes y más chicas, de piedra y de arena, blancas y doradas, pero todas ellas, playas o calas igual de atractivas.

El acceso de una a otra siempre exige un pequeño esfuerzo, a scender por senderos abiertos entre la variopinta ve getación para más adelante baja ry pisar nuevas orillas.

El aroma floral impregna el ambiente; cuando el olor a azahar se refuerza sabemos que nos acercamos a alguna aldea en el que los naranjos se han adueñado del terreno. Los campesinos se percatan de nuestras miradas anhelantes y nos ofrecen algunos de los frutos que están recogiendo. Son las últimas nararijas de la temporada, de vivo color, sabor intenso y con una cantidad de zumo impensables en unas piezas tan minúsculas.

Con una sensación de completo bienestar llegamos a la persión situada a pie de playa; en la orilla nuestra anfitriona limpia en cudillas el pescado que nos servirá en la cena.

DÍA 6. CAKILLILAYI - CIFTUK

Aunque el día amanece fresco y gris nos depara espléndidas vistas de los pueblos que se alzan sobre la costa y de magnificas ensenadas como las de Ma-Yar Mevkii o Cakalinyala. Nuestra ruta transcurre paralela a la costa todo el camino. No hay senda que llegue desde el interior a la mayoría de calas que atravesamos, la única manera de acceder a ellas es seguir el camino que tra emos. Camina mos dificultosam ente entre grandes rocas que emergen abundante y desordena damente de un sendero comido por una vegetación exuberante de la que sobresalen arbustos espinosos de fuertes ramas que marcan sin clemencia nuestra

piel. Es complicado encontrar las señales que guían el sendero, y no queremos arriesgarnos a coger una senda sin salida. Con paciencia y mucha labor de investigación salimos del laberinto.

Son innumerables las calas a las que accedemos; no dejan de sor prendemos sus diferentes formas y tonalidades, el color de su agua en un amplio abanico de tonos grises, azules, o turquesas, los diferentes sonidos que produce el mar meciendo sua vemente sus aguas hacia la orilla según sea arena o piedra el material que la conforma, el olor a sal mezclado con aromas de azahar y mil flores, la paz y tranquilidad que desprenden estos parajes en los que durante todos estos días no nos hemos cruzado práctica mente con nadie.

En el camino encontramos las ruinas de un centro episco pal del S. VII aunque lo único reconocible es el depósito de agua.

Tras haber pasado el día rozando el mar el coche nos espera en Ciftlik para conducirnos a una casa ubicada en mitad del bosque. La casa, de decoración exótica, pertenece a una interesante pareja de veterinarios que nos agasaja con su gastronomía tradicional de sabores exquisitos.

Óren







Des censo ha cia Óren

DÍA 7. CIFTLIK - BODRUM 21 KM, +790 M, -790 M

Iniciamos nuestro último día por senderos que transcurren por el interior, entre arbustos de flor amarilla, jaras, campas cubiertas de mar garitas, olivares y bosques.

Una vez más perdemos las marcas, y una vez más siguiendo las indicaciones del GPS recuperamos el sendero. Encontramos muchos depósitos de agua, alguno de forma rectangular. Los naranjos aún mantienen algunas fruta s en sus ra mas, trepamos por el murete y cogemos un par de ellas pero no hay quien las coma, es el castigo por sisarle a laldeano.

Divisamos a lo lejos nuestra meta, Bodrum. Homero lo describió como "el paraíso de eternos azules". Apreciamos una preciosa postal de grandes contrastes entre la agreste costa de suaves y verdes perfiles en su interior tras el intenso azul de un mar en calma. Nuestro parecer irá cambiando a medida que las lomas de los montes se aparta n de nuestro camino y descubrimos la masificación de casas blancas desde la costa ha sta lo más alto de las colinas. En el vértice de subahía principal emerge un castillo construido por quienes, tras la pérdida de la ciudad por los cristía nos, fue ron denominados Caballeros de Malta y de Rodas.

Hemos caminado por senderos solitarios que nos han mostrado paísajes increiblemente bellos e increiblemente virgenes; paisajes en calma en los que los contrastes de colores, que solo se pueden producir cuando porciones de tierra son bañadas por el mar, aviva n nuestras miradas y las mantienen alertas ante cualquier cambio en la escenografía; paísajes donde la mezcla de aromas a sal, a flores silvestres, a azahar, impregnan nuestra piel i qual que un perfume; aldeas que nos trasladan al medievo; gente de inmersa sendillez, a fabilidad y de gran hospitalidad.

Sé que llegará el momento de regresar y continuar esta fantástica ruta que es la Carian Trail.

DATOS DE INTERÉS

ÉPO CA RECOMENDADA: Primayera PÁGIN A DE INTERÉS: http://www.cariantrail.com INTEGRANTES: Bego Tello, Josepa Vález, Patri Buenechea, Ana González

CONTACTO: ana barrika@gmail.com

